

Reseñas de libros

**SIN FINES DE LUCRO. POR QUÉ
LA DEMOCRACIA NECESITA DE LAS
HUMANIDADES**
Nussbaum, Martha C.
Katz Editores
Buenos Aires, 2010, 199 pp.
ISBN: 978-987-1566-37-2

El libro que reseñamos a continuación de la prestigiosa filósofa norteamericana Martha Nussbaum, *Not for profit. Why democracy needs the humanities*, by Princenton University Press, ha sido recientemente traducido al español por Katz Editores bajo el título *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Nussbaum, célebre académica del ámbito universitario anglosajón y catedrática de Derecho y Ética de la Universidad de Chicago, sorprende nuevamente con un trabajo que aborda en forma lúcida y valiente la defensa de las humanidades en Occidente. La autora ha sido galardonada con más de veinte grados honorarios de reconocidas universidades de Norte América, Europa, Asia e India. Entre sus obras de reciente publicación se pueden nombrar *El cultivo de la humanidad* (2005), *El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley* (2006), *Las fronteras de la justicia: consideraciones sobre la exclusión* (2009), entre muchas otras.

En el presente trabajo, Nussbaum destaca una vez más la *importancia de lo humano* frente al omnipotente mundo de lo utilitario, y, principalmente, frente aquella actividad que se supone es las más propiamente humana, a saber: la educación. La denuncia que hace la autora se sintetiza en la siguiente idea: “El

logro viene a equivaler a la clase de cosas que una máquina bien planeada puede hacer mejor que un ser humano, y el efecto principal de la educación – la construcción de una vida plena de significado – queda al margen” (John Dewey, *Democracia y educación*, 1915). En otras palabras, la educación que hoy se imparte en los países de Occidente tiene por objeto casi exclusivo formar individuos capaces de hacer cosas útiles y rentables económicamente.

Los ejes temáticos que articulan este trabajo son: 1. La crisis silenciosa; 2. Educación para la renta o educación para la democracia; 3. Educar ciudadanos: los sentimientos morales y antimorales; 4. La pedagogía socrática: la importancia de la argumentación; 5. Los ciudadanos del mundo; 6. Cultivar la imaginación: la literatura y las artes; y 7. La educación democrática contra las cuerdas.

El proceso de primacía de lo económico sobre lo humano tiene hoy escalas mundiales. Es posible afirmar, sin temor a equívocos, que la educación en América, Europa, Asia e India es víctima de un proceso creciente de destrucción espiritual.

En esta dirección, Martha Nussbaum alerta sobre la existencia de una *crisis silenciosa* debido a que las naciones, *sedientas de ingreso*, deciden cultivar determinadas habilidades humanas y *desechar* otras. En la medida en que se recorta el presupuesto asignado a las disciplinas humanísticas, se produce una grave agresión a las cualidades esenciales para la misma vida en democracia. La célebre catedrática recuerda que los grandes pedagogos y estadistas comprendían la relevancia de dichas disciplinas en la enseñanza. La autora no desvaloriza la importancia de los recursos económicos, sino

que, por el contrario, aclara que el cultivo de las humanidades es un elemento clave para el progreso y el desarrollo socioeconómico de un país.

El libro se propone mover al lector a la acción a través de un plan que implique reemplazar un modelo educativo pernicioso para la vida de las personas y las democracias por uno que promueva un auténtico desarrollo del hombre.

Nussbaum observa que se están produciendo cambios drásticos en aquello que las sociedades democráticas enseñan a sus generaciones jóvenes, cambios que aún no han sido sometidos a un análisis profundo. Sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando, sin advertirlo, el cultivo de ciertas aptitudes humanas. Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de maquinarias utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con capacidad de pensar por sí mismos. ¿Cuáles son esos cambios tan drásticos? En casi todas las naciones de Occidente se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario, como a nivel terciario y universitario. Éstas son concebidas como un ornamento inútil por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga una “utilidad” para ser competitivas en el “mercado educativo”. De este modo, tanto las carreras como las disciplinas humanísticas han perdido gradualmente terreno, tanto en las currículas de estudio como en la mente y el corazón de padres e hijos. Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir: el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad, la rigurosidad y el pensamiento crítico, también pierde espacio en la medida en que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para generar ganancias (Nussbaum, 2010: 20).

Los países occidentales han emprendido una carrera por las posesiones que protegen, satisfacen y consuelan. Y, entre tanto, parecen haberse olvidado del alma, de lo que significa que el pensamiento se desprenda y conecte con otra persona y el mundo de una forma

delicada, rica y compleja. La educación ha olvidado acercarse al otro como a un alma, más que como a un instrumento utilitario.

En este marco de ideas, Martha Nussbaum establece los objetivos de su trabajo, a saber: analizar la importancia que posee el saber artístico y humanístico para la educación del hombre y el ejercicio de la ciudadanía, en forma activa y reflexiva en el contexto de una sociedad democrática.

El primer capítulo titulado *Educación para la renta o educación para la democracia*, describe con asombrosa lucidez los modelos económicos que se encuentran en la base de las políticas de Occidente. Se trata de un modelo que concibe el crecimiento de una nación en función del incremento del producto bruto per cápita. Según éste, la meta de toda nación debería ser el crecimiento económico, sin importar otros aspectos de la calidad de vida no directamente vinculados con dicho modelo, a pesar de que existen estudios y datos empíricos que demuestran la escasa correlación existente entre el crecimiento económico y la salud, la educación y la libertad política (cfr. Jean Drèze y Amartya Sen, *India: Development and Participation*, 2002). Entonces producir crecimiento económico no equivale necesariamente a producir democracia, ni a generar una población sana, comprometida y formada que disponga de oportunidades para una buena calidad de vida en todas las clases sociales (Nussbaum, 2010: 38).

La educación para el crecimiento económico requiere de aptitudes básicas, tales como la alfabetización y la competencia matemática. También necesita personas que tengan conocimientos avanzados de informática y tecnología (Nussbaum, 2010: 41). No obstante este tipo de educación no presta especial atención a las humanidades, sus especialistas no se limitan a hacer caso omiso de las disciplinas humanísticas. En realidad, les temen, pues el cultivo y el desarrollo de aquellas implica el cultivo y el desarrollo de la comprensión, lo que resulta algo amenazante para ciertas prácticas políticas y empresariales. Entonces resulta más fácil tratar a las personas como objetos aptos para ser manipulados que verlas en su real dignidad y singularidad. Por lo tanto, la educación para el crecimiento económico – esto es, una educación estrictamente profesionalizante – se opondrá de plano a

la presencia de las artes y las humanidades como componentes esenciales de la educación humana (Nussbaum, 2010: 46).

Ahora bien ¿qué alternativas existen para concebir el tipo de naciones y de ciudadanos que pretendemos formar? En los círculos internacionales dedicados al desarrollo, la principal alternativa frente al modelo basado en el crecimiento económico es el modelo basado en el desarrollo humano. Según este paradigma, lo que importa son las *oportunidades o capacidades* que posee cada persona en ciertas esferas centrales que abarcan desde la vida, la salud y la integridad física, hasta la libertad, la participación política y la educación. Asimismo, este paradigma reconoce que todas las personas gozan de una dignidad humana inalienable y que ésta debe ser respetada por las leyes y las instituciones. Toda nación decente debería aceptar que sus ciudadanos estén dotados de ciertos derechos, en esas esferas y en otras, y debería elaborar estrategias para que superen determinados umbrales de oportunidades en cada una de ellas. Así, este otro modelo supone un compromiso con la democracia, pues un factor esencial de toda vida dotada de dignidad humana es tener voz y voto en la elección de los gobernantes. Por lo tanto, el modelo del desarrollo humano no es una quimera, sino que se encuentra estrechamente vinculado con los compromisos constitucionales de cada nación (Nussbaum, 2010: 47-48).

Entonces, si un país desea fomentar un tipo de democracia humana y sensible, dedicada a promover las oportunidades de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad para todos y cada uno de sus habitantes ¿qué aptitudes debería inculcar en ellos? Nussbaum señala las siguientes: la aptitud para reflexionar sobre las cuestiones políticas que afectan a su país; la aptitud para reconocer a los otros ciudadanos como personas con los mismos derechos que uno; la aptitud para interesarse por la vida de los otros; la aptitud para imaginar una variedad de cuestiones complejas que afectan la trama de la vida humana y su desarrollo; la aptitud para emitir juicios críticos sobre los dirigentes políticos; la aptitud para pensar el bien común de la nación como un todo, entre muchas otras (Nussbaum, 2010: 49).

En el capítulo dedicado a *Educar ciudadanos: los sentimientos morales (y antimorales)*, se señalan

algunos elementos de la antropología que sustenta Nussbaum, donde las nociones de *vergüenza y repugnancia* se convierten en conceptos explicativos claves de numerosas aptitudes humanas que operan y afectan la convivencia política.

La educación es para las personas. Entonces, antes de poder elaborar un plan para el futuro de la educación, necesitamos entender los problemas que afrontamos en el proceso de transformación de los estudiantes en ciudadanos de la democracia, capaces de efectuar buenas reflexiones y elecciones sobre una gran variedad de temas de importancia nacional e internacional (Nussbaum, 2010: 51). La otra cara de este problema es la capacidad de comprensión que se desarrolla en el niño, la capacidad de ver a las otras personas como un fin y no como un medio (Nussbaum, 2010: 63). En esta dirección, la escuela es sólo uno de los factores que influyen en el corazón y en la mente del niño durante su crecimiento. En efecto, la labor de superar el narcisismo y desarrollar el interés por el otro debe realizarse principalmente dentro de la familia, en la cultura de pares y en la sociedad en su conjunto. No obstante, hay que destacar que la escuela puede reforzar o socavar aquello que haya logrado la familia, sea bueno o malo, y también puede configurar esa cultura de pares (Nussbaum, 2010: 73). Según Nussbaum, la escuela puede colaborar en la generación de ciudadanos, a partir del desarrollo de capacidades para ver el mundo desde la perspectiva del otro. Entre éstas señala la capacidad de sentir un interés genuino por los demás, la promoción de la responsabilidad ante los propios actos, la capacidad de pensar en forma crítica y la habilidad para expresarlo (Nussbaum, 2010: 74).

La autora dedica un largo apartado a la cuestión de *La Pedagogía socrática y la importancia de la argumentación*. Sócrates es considerado como un ejemplo central para la teoría y la práctica de la educación humanística. La capacidad argumentativa concebida por el sabio griego es un valor clave para la buena salud de una democracia. No obstante, ese ideal socrático se encuentra en graves dificultades dentro de un mundo decidido a maximizar, por todos los medios, el crecimiento económico. Ya que el criterio final que rige la vida política es la rentabilidad y un estilo

demasiado cuestionador, es visto más como un peligro que como un ideal educativo a seguir.

Otra temática clave de estricta tradición socrática es el autoexamen. En este sentido, la falta de autoexamen en la vida de una persona es como una especie de fuente de problemas, de donde derivan consecuencias y efectos no menores en el orden individual y social. Un primer problema de la falta de autoexamen es que genera en la persona confusión respecto de los objetivos que se busca alcanzar. Otro problema es que, con frecuencia, dichas personas resultan fácilmente influenciables, algo que no ocurre con un individuo capacitado para argumentar y analizar los argumentos ajenos, porque posee recursos que le permiten resistir la presión de la sofística o la toma de decisiones precipitadas, como lo han demostrado las más recientes investigaciones psicológicas sobre estas cuestiones (Cfr. Zimbardo, Ph. *The Lucifer Effect*, New York: Random House, 2007).

A partir de lo dicho cabe preguntarse: ¿de qué manera se pueden transmitir esos valores socráticos? La respuesta contundente de Nussbaum es mediante la educación humanística. Como punto de partida, se debería buscar a través de la enseñanza el desarrollo de un pensamiento crítico, haciendo que los estudiantes aprendan tanto a indagar, analizar y evaluar, como a escribir en forma argumentativa. No obstante, es probable que no alcance con lo que ofrece la educación humanística y, por ese motivo, la autora señala que todas las instituciones universitarias deberían seguir el ejemplo de las universidades católicas de los Estados Unidos en la formación de sus egresados, que además de las disciplinas obligatorias relacionadas con la profesión, la religión y la teología, les exigen que cursen al menos dos semestres de filosofía (Nussbaum, 2010: 84-85). ¿Cuál es el objetivo de esto? Formar ciudadanos con juicio crítico, curiosos y capaces de leer y evaluar la realidad en orden a la toma de decisiones asertivas.

En el capítulo *Los ciudadanos del mundo*, Nussbaum señala que hoy, cada vez más, las personas se encuentran en contextos globalizados, dependiendo de otras personas que no siempre son conocidas. Es creciente el número de problemas que requieren de una solución a nivel mundial. Igualmente, se

puede afirmar que ninguna persona queda fuera de esa interdependencia visionariamente caracterizada por Marshall McLuhan. Otro tanto se podría afirmar sobre la cuestión económica y la interdependencia mundial que se ha creado. Estos fenómenos requieren ser explicados y comprendidos por los alumnos, ya que consciente o inconscientemente son parte de ellos. En esta dirección, la académica de Chicago señala que la tarea, tanto de escuelas como de universidades, consiste en inculcar en los alumnos la capacidad de concebirse como integrantes de una nación heterogénea, así como la facultad de comprender, al menos en parte, la historia y las características de los diversos grupos que habitan los distintos países (Nussbaum, 2010: 115). Conforme esto, la autora propone una educación para la ciudadanía mundial que tenga como elemento formativo clave las artes y las humanidades.

El apartado titulado *Cultivar la imaginación: la cultura y las artes*, Nussbaum señala que el conocimiento fáctico y la lógica no alcanzan para que los ciudadanos se relacionen bien con el mundo que los rodea. Otra capacidad que necesita un buen ciudadano es lo que la autora denomina *imaginación narrativa* (Nussbaum, *Cultivating humanity: A classical defense of reform in liberal education*, 1977, cap. 3), es decir: la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona, de interpretar con inteligencia su relato y de entender sus sentimientos, deseos y expectativas. El cultivo de la comprensión constituye un elemento clave en las mejores concepciones modernas de la educación para la democracia, ya que una persona incapaz de situarse en la perspectiva del otro está imposibilitada para acceder a la comprensión de sus intereses y necesidades. Gran parte de este proceso debe darse en la familia, pero también es relevante el papel de la escuela y la educación superior. Para alcanzar este objetivo, tanto las artes como las humanidades deben poseer un rol protagónico en los programas de estudios (Nussbaum, 2010: 132).

En efecto, aprender a ver a otro ser humano como una persona en lugar de verlo como un objeto no es un proceso automático, sino un logro que requiere reflexión y la superación de numerosos obstáculos. El primero de ellos es la mera incapacidad de distinguir entre uno mismo y el otro; el segundo, es aprender

a realizar cosas por los propios medios, y de esta manera, no esclavizar a los demás innecesariamente; y el tercero, es necesario reconocer que el control absoluto - de todo y de todos - no es posible ni beneficioso y que el mundo es un espacio en el que todos tenemos debilidades y, por lo tanto, necesitamos apoyarnos unos en otros (Nussbaum, 2010: 133).

Por último, el capítulo titulado *la Educación democrática contra las cuerdas*, señala que si bien la situación de las humanidades puede parecer pesimista, se requiere de parte de aquellos que las cultivan, una actitud alerta. En este sentido, un artículo publicado por C. Drew Faust, actual presidente de la Harvard University, brinda certidumbres sobre la gravedad del diagnóstico. Drew Faust señala con lamento “un marcado descenso en el porcentaje de alumnos que se especializan en disciplinas humanísticas, con el correspondiente ascenso en el porcentaje de alumnos matriculados en carreras profesionales”. Asimismo, la historiadora se pregunta si las universidades no se han vuelto “demasiado cautivas de los fines inmediatos y materiales que sirven” y si el modelo de mercado no se habrá transformado en “la identidad fundamental que define la educación superior”. Y agrega que “la educación superior puede ofrecer a las personas y a las sociedades una profundidad y una amplitud de visión que se encuentran ausentes en una actualidad inevitablemente miope. Los seres humanos necesitan sentido, comprensión y perspectiva además de necesitar trabajo” (Cfr. Drew Faust, “The University’s crisis of purpose”, *New York Times Book Review*, 6 de septiembre de 2009).

Ahora bien, el trabajo de Martha Nussbaum es un ensayo valioso porque pone una vez más de manifiesto en el ámbito de la educación actual, notoriamente vituperado por la superficialidad práctica, técnica y tecnológica, el valor del elemento humano. En dicha perspectiva, la autora sostiene el incalculable valor formativo que poseen la enseñanza y el estudio de las disciplinas humanísticas. Y el equívoco en el que caen los países que en forma indiscriminada y ciega extirpan de sus planes de estudio las humanidades con el pretexto de su “nula” utilidad y productividad.

No obstante, ciertas cuestiones tratadas en la obra pueden ser objeto de crítica, entre ellas se

pueden señalar: 1) una presentación bastante genérica y poco precisa del pensamiento y los postulados de célebres educadores; 2) una promoción de hábitos argumentativos y críticos desde una perspectiva meramente formal sin una clara referencia a la materia de la argumentación y sin un criterio de certeza o falsedad; 3) una postulación de un autoexamen sin un parámetro ético claro que sirva de norma de conducta; 4) una pedagogía para una ciudadanía mundial que no responde a preguntas cruciales, como por ejemplo ¿cuál es el valor cualitativo de las diferentes culturas y religiones? ¿pueden ser todas igualmente formativas del hombre? o ¿a partir de qué supuestos debería desarrollarse un pensamiento crítico? En este sentido, el trabajo presenta algunas lagunas y cuestiones irresueltas.

Más allá de las críticas que puedan hacerse al trabajo, es justo reconocer a Martha Nussbaum tanto su coraje para denunciar el creciente deterioro educativo que atraviesa la educación actual cuanto la trágica descripción de los estudios humanísticos en Occidente.

Mauricio Bicocca

**ETHICAL DIMENSIONS OF THE ECONOMY.
MAKING USE OF HEGEL AND THE
CONCEPTS OF PUBLIC AND MERIT GOODS,**
Ver Eecke, Wilfried
Springer-Verlag
Berlin Heidelberg, 2008, 314 pp.
ISBN: 978-3-540-77110-4

Wilfried Ver Eecke, profesor del Departamento de Filosofía en la Universidad de Georgetown (Washington), presenta en esta obra diferentes caminos para replantear cuestiones éticas en el seno del pensamiento económico. Su mirada resulta interesante y se inserta en el conjunto de los estudios que, a la luz de la actual crisis económica mundial, intentan reformular el marco teórico de la economía en búsqueda de nuevas y más eficaces respuestas.

Ver Eecke se presenta como un autor inclinado